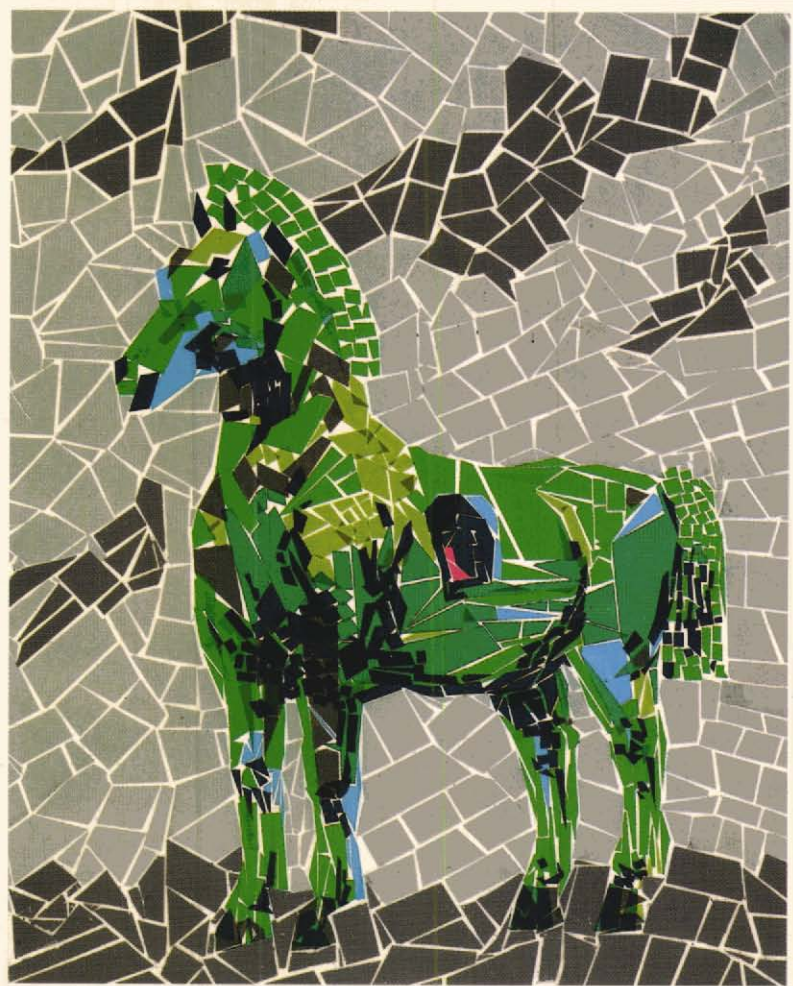


ENSAYOS FABIANOS SOBRE PENSAMIENTO SOCIALISTA



La Sociedad fabiana ha sido, sin duda, el grupo socialista que mayor influencia ha tenido en Gran Bretaña desde que se fundó en 1884. Ecos de sus planteamientos se encuentran también en buena parte del socialismo reformista europeo. Criticados o elogiados por su innegable papel en el surgimiento del Estado de Bienestar, la economía dirigida o el desarrollo de la burocracia, su obra sigue siendo lugar de discusión y referencia: no en balde entre sus miembros han figurado nombres tan importantes como los de Beatrice y Sidney Webb, Bernard Shaw, H. G. Wells, Graham Wallas, G. D. H. Cole, R. H. Tawney, Hugt Dalton o Anthony Crosland.

En este volumen, publicado con ocasión del centenario de la Sociedad, se puede encontrar algo más que un análisis de lo que ésta supuso históricamente, tanto en las ideas socialistas como en muchas de las realizaciones que, «impregnadas» de fabianismos, tuvieron lugar en los terrenos de la economía, el desarrollo estatal, la política internacional y el pensamiento político y social. Los seis ensayos que se centran en el estudio de estos temas forman la primera parte del libro.

En los doce ensayos que componen la segunda parte, se hace una amplia reflexión sobre la dirección del socialismo, reflexión que se puede encuadrar dentro de las múltiples que se están llevando a cabo en estos últimos años —y a las que España se ha incorporado en recientes publicaciones— surgidas a raíz de la derrota del laborismo en Gran Bretaña en 1979 y, poco después del descenso de la socialdemocracia alemana en 1982 y de los problemas habidos en el seno de otros socialismo europeos. Los autores, no siempre coincidentes en sus planteamientos, si bien el fabianismo se halla como punto referencial en todos ellos, realizan un esfuerzo teórico para hacer frente, tanto a los planteamientos de la «Nueva Derecha» como a algunos de los pasos seguidos en la política del Partido Laborista británico.

15. NUEVAS DIRECCIONES EN AL SOCIALISMO MUNICIPAL

Robin Murray

I

La literatura económica fabiana ha sido siempre notable por su optimismo. Con los Webb éste era un optimismo del detalle. Para Shaw era una confianza en que el poder del Estado crecería como una necesaria oposición a los abusos de los terratenientes y de los monopolios privados. En la década de los treinta, Dalton, Jay y Durbin conservaron una fe totalmente desinhibida en la capacidad de un gobierno laborista para controlar la economía privada mediante la planificación, la nacionalización y una política presupuestaria de *New Deal*, y de lograr la igualdad mediante la redistribución de las rentas y la riqueza. En los años de la posguerra la cuestión no era si el gobierno laborista podría controlar la economía, sino por qué medios y cuánto.

Los sucesos de la última década han enturbiado este optimismo. Los principales pilares del pensamiento económico fabiano han sido minados uno tras otro. El primero en ser cuestionado fue la nacionalización como respuesta al monopolio privado. En el primer libro de *Fabian Essays* William Clarke había sostenido que los monopolios privados, aunque eficientes, necesitaban ser convertidos en públicos por razones distributivas y democráticas. La primera discusión detallada de los fabianos sobre nacionalización fue en 1910. Hacia 1930 era un tema primordial, y el *Prac-*

tical Socialism de Dalton contenía una amplia sección sobre «socialización», sobre las diferentes formas que ésta podía adoptar, sobre cómo asegurar la democracia con industrias estatalmente dirigidas y sobre en qué industrias era más necesario hacerlo. Por el tiempo de los *New Fabian Essays*, en 1952, Antony Crosland clamaba por un alto en «la multiplicación de comisiones públicas según el modelo actual». Al igual que Clarke, veía principalmente la nacionalización en términos redistributivos —sustituyendo los «pagos fijos de interés al capital por dividendos crecientes»— y, por tanto, no como la línea principal de avance en una economía con control estatal y altos índices impositivos.

Desafortunadamente, los debates de los veinticinco años siguientes no se centraron sobre la extensión del control democrático tanto sobre la industria nacionalizada como sobre la nacionalizable, sino sobre la multiplicación de los «modelos actuales». Como un resultado de esto la propiedad pública se encuentra hoy en retirada. Las industrias estatales y los servicios públicos han sido sentidas con demasiada frecuencia, tanto por los trabajadores como por los consumidores, como algo ajeno. Los obreros del sector público han experimentado de forma creciente la jerarquía autoritaria, el estudio del tiempo y las operaciones y la tecnología que descualifica y controla a los que trabajan con ella —todos esos hechos del capitalismo privado en su organización del trabajo desde el período de Henry Ford—. De forma similar, los ciudadanos y otros consumidores del sector público han tenido que hacer campaña para tener una voz en los servicios que se decía habían sido organizados en su nombre. En realidad, se vio claro que gran parte del programa de la nacionalización de posguerra había servido principalmente para racionalizar la producción para el interés de la industria privada; lo que había sido visto como un proyecto socialista era, al final, parte de un proyecto capitalista: reestructurar la infraestructura del capitalismo británico.

No sólo la nacionalización perdió de este modo un apoyo considerable por parte de los consumidores, sino que en el momento en que se produjo la gran ofensiva de los conservadores a favor de la privatización en los años ochenta los sindicatos del sector público se encontraron a sí mismos, en muchos terrenos, con un apoyo muy limitado por parte de los usuarios en su campaña de

resistencia. Los últimos cinco años han sido, por tanto, particularmente traumáticos: no sólo ha fracasado la nacionalización a la hora de conseguir el soporte de las masas en tanto que un camino para el avance socialista, sino que se ha abandonado la dirección, que los fabianos siempre habían creído que garantizaría los avances ya logrados, y los beneficios no han sido esparcidos.

Para el primer mal del capitalismo la respuesta fabiana era la socialización. El segundo mal, el *laissez faire*, tenía como respuesta la planificación. Los primeros fabianos estaban más interesados en la falta de equidad de la *distribución* capitalista que en el mal funcionamiento del *intercambio* capitalista. Pero fue este último el que se convirtió en un tema más sustancial en el período de entreguerras. Algunos escritores enfatizaron el fracaso de los precios de mercado para reflejar los costes y los beneficios sociales —y éste ha sido un tema continuo en la economía fabiana y la justificación para la intervención estatal en la economía de mercado—. Otros tenían una preocupación más macroeconómica, utilizando la planificación como un mecanismo para evitar las crisis económicas. Durante la segunda guerra mundial se dio un sistema de planificación física notablemente extenso, que fue continuado en un cierto número de terrenos, junto con un amplio grupo de controles, por el gobierno de posguerra de Attlee.

Una vez más fue Crosland el que pidió acabar con esta planificación de la economía de mercado —en los *New Fabian Essays*:

Los controles sobre la industria habrán de ser dirigidos hacia determinados fines de planificación —pleno empleo, la balanza de pagos, la localización de la industria, los proyectos de utilidad y similares—. Más allá de esto, no deben ser multiplicados. Una compleja masa de detallados controles es enormemente impopular, mala para la eficiencia industrial y distorsionante en sus efectos sobre la producción.

Aunque el Programa-Manifiesto del Partido Laborista con el que se ganaron las elecciones de 1964 volvía a afirmar la importancia de la planificación industrial, el Plan Nacional de George Brown era un plan indicativo vacío, sin poder para asentarse. El Departamento de Asuntos Económicos estaba subordinado al Treasury, y las medidas de julio de 1966 confirmaron el final de

estos someros experimentos. Incluso los cuerpos de planificación industrial que vinieron después —el IRC y el NEB— tenían un corto alcance, poder limitado, y salvo en el breve período en que Tony Benn fue ministro de Industria, ignoraban los intereses de los trabajadores y de los consumidores de las industrias que intentaban planificar. Lo mismo que en el caso de las industrias nacionalizadas, la planificación industrial, con el limitado alcance con que fue introducida, aparecía como un instrumento de racionalización capitalista, no siendo en ningún caso socialista.

La campaña cuidadosamente preparada por los monetaristas a favor del libre mercado se encontró, en consecuencia, con pocas resistencias. La corriente de los escritos de Hobart y de la ideología de mercado procedente de Chicago se extensión por todas las grietas de la economía social británica. Con la notable excepción de los libros de Titmuss, *The Gift Relation (La relación del don)* sobre la economía de la distribución de la sangre, la distribución planificada y no de mercado tuvo escasa defensa teórica, o prácticas con éxito en el nivel macroeconómico. Como resultado de esto el mercado tiene ahora una hegemonía ideológica aplastante en el pensamiento económico actual. Viabilidad, competencia, libertad de elección, balances —este es el vocabulario de la aprobación económica—. Subsidio, personas incapacitadas, no competitividad, improductivo —ésas son las palabras que se usan para erosionar la legitimidad de la economía pública—. Todos se definen a sí mismos en términos de intercambio de mercado.

El tercer pilar de la economía fabiana fue adoptada a partir del Keynes liberal de los años treinta. El control de las fluctuaciones macroeconómicas a través de la política fiscal y monetaria fue transformándose de ser una parte de una general defensa de la planificación pública a ser un argumento separado y dominante a favor de la intervención estatal en el nivel macroeconómico. Las implicaciones macroeconómicas de las propensiones al ahorro y al consumo se hilaron dentro de la vieja defensa fabiana de la redistribución. El *boom* económico de la posguerra estaba ligado a las políticas laboristas analizadas a través de una trama keynesiana. La redistribución aumentaba el consumo, el cual animaba la inversión. A pesar de las dudas académicas de que la política

keynesiana pudiera aumentar las fluctuaciones en lugar de eliminarlas, hubo durante treinta años una confianza en que ese largo *boom* económico estaba de algún modo asociado con la gestión económica del gobierno.

Desde mediados de los años setenta, el consenso keynesiano se ha roto. En este país y por todas partes ha habido un brote general de crisis dentro del sector privado, reflejado en una caída del nivel de beneficios, y desde 1973, en una caída en la inversión. La teoría keynesiana indicaba la utilización del gasto público para mantener la demanda y, en consecuencia, la tasa de beneficios. Pero cuando los tradicionales instrumentos de la gestión macroeconómica operaron con vistas a este fin, mostraron ser incapaces de detener el declinar de los beneficios privados y el alza de la inflación y el desempleo. Tony Crosland —que había sido en gran medida el símbolo de la «economía mixta poscapitalista»— criticó al Estado de bienestar en su celebrado discurso de 1975 declarando que «el Partido está acabado». Denis Healey —que fue un participante en los *Fabian Essays* de 1952— marcó aún más el giro al año siguiente contra el gasto público y los asalariados con lo que fue conocido como las «medidas del FMI». La confianza de la posguerra de que la redistribución y la expansión del sector público aumentarían el crecimiento se invertiría ahora. Incapaz de atacar directamente la crisis del sector privado, la política económica del Partido Laborista se vio forzada a atacar dos de los pilares fundacionales de la tradición social democrática, el Estado de bienestar y el nivel de los salarios. En Whitehall aparecía como si se pensara que no había alternativa. Pero para la tropa que estaba en el campo parecía como si sus mismos generales estuvieran tirando contra ellos.

En el vacío, la política económica monetarista avanzó con la confianza de un fanático. Tanto en la teoría como en la práctica el monetarismo ha perdido todos los argumentos económicos de la respuesta keynesiana, bajando la inflación sólo a través del colapso de la economía en su conjunto. Y en 1983 Mrs. Thatcher volvió con su mayoría histórica, y los sondeos de opinión señalaron que el Partido Laborista había perdido el argumento económico. Esto es un índice de la crisis de la política económica del laborismo. Había una evidencia pública clara de que las políticas

monetaristas habían doblado la severidad de la depresión económica internacional en lo que afectaba al Reino Unido. La política de deflación keynesiana ofrece dividir por la mitad los efectos de la crisis tal como está ahora. Pero la atracción de la llamada de Mrs. Thatcher reside en parte en el hecho de que está ofreciendo atacar el problema en su totalidad. Y ante esto los keynesianos no tienen una respuesta adecuada.

La redistribución, el cuarto pilar de la tradición socialdemocrática ha sido también arrastrada como una parte de esta derrota del keynesianismo. Ya en los años sesenta se comenzó a hacer una nueva evaluación de los resultados del Estado de bienestar en el sentido de que éste había hecho una redistribución de la renta y de los servicios dentro de las clases más que entre ellas. Además, había problemas similares a los que afectaban a las industrias nacionalizadas: cómo hacer que los servicios de bienestar fueran —tanto para los que servían como para los que eran servidos— un apoyo y no un control, estuvieran de nuestro lado y no del suyo. Por añadidura a esto, una década de cortes ha dejado a muchos de estos servicios hechos jirones.

Desde 1979 ha habido también una creciente desigualdad de ingresos. La política monetaria ha afirmado que es la desigualdad lo que es ahora necesario para el crecimiento, al dar incentivos a los tecnócratas y los administradores y al indicar a la inversión a los propietarios y a las grandes corporaciones. La imposición y el control de la riqueza y los altos ingresos han sido, de forma discontinua, rebajados. No obstante, el gobierno manda que gobierne la pobreza para los desempleados, como un incentivo para que dichos desempleados busquen trabajo y para que los que los emplean los conserven en él. El monumental estudio de Peter Townsend muestra cuán profunda sigue todavía siendo la pobreza.

Con los monetaristas conduciendo a la privatización y los campeones del mercado yendo contra la planificación, la reaparición del desempleo y el reasentamiento de la desigualdad desenmarañan y muestran lo que es el sistema social democrático de la posguerra. El trauma para la política económica laborista no ha sido meramente el colapso de cada uno de los cuatro pilares de su programa tradicional, ni tan siquiera la destrucción de los logros en

esos campos por el gobierno conservador actual, sino el hecho de que la retirada de todos los pilares citados ha sido comenzada por los mismos ministros laboristas. Estos ministros fueron en muchos casos los arquitectos de las primeras medidas políticas y los portadores de esa confianza de posguerra. Es contra este trasfondo contra el que debe reafirmarse la política económica del laborismo.

II

Lo que el pensamiento laborista tiene ahora ante sí no son sólo ideas particulares o medidas políticas, sino toda la trama del análisis económico. La economía fabiana ha sido dominada por la teoría neoclásica y, desde los años treinta, por Keynes. Pero ha fallado ampliamente a la hora de ponerse de acuerdo con Marx. Las excepciones fueron los primeros fabianos. Su primera discusión sería tomó la forma de una lectura colectiva del *Capital* de Marx. Shaw, Belford Bax y más tarde Wells mantuvieron la posición marxista. Sidney Webb y Edgeworth, el economista neoclásico, defendieron la causa utilitarista. Marx perdió, Shaw se quedó con una teoría de la renta poco correcta —divertida incluso— y Wicksteed tomó a su cargo la tarea de enseñar a los fabianos los principios del marginalismo.

En los últimos quince años este debate se ha reavivado. Desde mediados de los sesenta, una generación de estudiantes se dio cuenta de que la economía neoclásica no sólo fallaba a la hora de responder adecuadamente ante los temas fundamentales con los que se enfrentaba el movimiento obrero, sino que era también una ideología de la derecha. En los primeros años setenta grupos de lectura del *Capital* de Marx fueron surgiendo, discutiendo, como lo habían hecho los primeros fabianos, sobre el valor. Lo que revelaron estas lecturas fue que los temas debatidos en los textos secundarios y en muchas de las interpretaciones fabianas de Marx estaban muy lejos de la economía política marxista: la creciente depauperación de la clase obrera, la tendencia inevitable del capitalismo al colapso y otras «hipótesis».

Antes bien, Marx ofrecía una crítica seria del pensamiento económico clásico y vulgar (lo que más tarde se convirtió en neoclá-

sico). Sostenía no que éste fuera incorrecto, sino que era teóricamente inadecuado, y en el caso de la economía vulgar, tan superficial que confundía completamente los temas. La clave de la argumentación es que es en la esfera de la circulación —mercados, distribución y consumo— en la que vemos cómo trabaja la economía. Pero que lo que ocurre en la circulación está determinado por fuerzas cuyo origen se halla en el proceso de producción. En el primer volumen del *Capital* —subtitulado *Los procesos de producción de los capitales*— ofrecía una teoría de la producción y de sus relaciones con la esfera del cambio. Aquí vemos por primera vez colocado en el centro de las preocupaciones económicas no la caída de las utilidades marginales de algún individuo abstracto, sino los detalles concretos de la producción, la naturaleza del trabajo, la duración de la jornada laboral, la campaña por la productividad y la mecanización, por la economía del tiempo y por controles, incluso mayores, del capital sobre el trabajo en las fábricas. Aquí se encontraba también una teoría a largo plazo sobre los cambios técnicos y la acumulación que era, de modo evidente, más rica y más explicativa que los modelos de crecimiento formal de los modelos del pensamiento neoclásico y keynesiano.

Contra este fondo, lo primero que hay que decir sobre el pensamiento económico fabiano es que éste ha estado preocupado casi exclusivamente por los problemas de la circulación antes que por los de producción. Los primeros fabianos enfatizaban la distribución de la renta. La razón por la que desarrollaron una teoría de la renta fue para explicar las desigualdades de los ingresos y la riqueza. Definieron el socialismo en términos de distribución. La tarea del Estado era la nacionalización de la renta y su redistribución. Y la redistribución ha seguido siendo un tema dominante en el pensamiento fabiano. «El socialismo se trata de igualdad»: las palabras son de Crosland, pero representan lo que es todavía la definición principal del socialismo dentro de la tradición democrática de hoy en día.

El cambio ha sido un tema secundario, más fuerte entre los economistas socialdemocráticos, preocupados por defender la causa a favor de la intervención estatal sobre la base de la inadecuación del mercado. Una parte del argumento se ha basado en el análisis de Marshall sobre las economías externas: que el in-

tercambio en el mercado no refleja necesariamente los costes y los beneficios sociales. Otra fue suministrada por Keynes con su análisis del mercado monetario y del mercado de trabajo. En ambos casos, el Estado podría intervenir a través de la circulación —imponiendo tasas, otorgando subsidios o financiando el déficit— con el fin de asegurar que el sistema de mercado funcionara.

El tercer aspecto de la circulación —el consumo— ha entrado en la teoría económica fabiana fundamentalmente a través de Keynes y su tratamiento del consumo en términos de su monto cuantitativo agregado.

Como en la economía ortodoxa, estas tres distintas partes de la circulación económica han sido tratadas de modo completamente separado, sin conectarlas y sin contar con que fueran constreñidas por la producción. En este apartado quiero afirmar que nuestro punto de partida ha de ser la producción y que sólo desarrollando una nueva economía y una nueva política de la producción es como seremos capaces de entender los cambios en la circulación. Este es el mayor cambio teórico que precisa el pensamiento económico del laborismo. Expondré brevemente lo que conlleva una economía de la producción y cómo los desarrollos en la producción afectan y constriñen la distribución, el cambio y el consumo. Con este objeto espero proporcionar algunos puntos de referencia del callejón sin salida en que la izquierda se encuentra como resultado de haber confiado la mayor atención en su política económica a la esfera de la circulación.

La tradición social democrática ha tratado a la producción de forma técnica. Es vista como una caja negra en la que se alimentan unos adecuadamente motivados *inputs* y de la que salen, de forma un tanto misteriosa, los *outputs*. Como en la versión de Marx de la III Internacional, la tecnología era vista como técnica más que como social. La idea de que muchas gentes estaban viviendo la mayoría de sus vidas dentro de las fábricas, de que esas vidas estaban sometidas a una tiranía legítima tan penosa como la de cualquier Estado totalitario, de que las consiguientes batallas dentro de la fábrica afectaban a cómo y por qué se desarrolló la tecnología. Todos esos temas casi no merecieron más que una nota a pie de página.

Y lo cierto es que es un tema constante en la literatura fabiana que la mayor contribución del capitalismo es lo que éste ha

hecho por la producción. Así escribe Shaw en la reedición de 1931 de los *Fabian Essays*: el sistema capitalista «trabajó fantásticamente bien en la esfera de la producción y el comercio. Construyó nuestro sistema fabril, nuestra maquinaria, nuestros medios de transporte y comunicación. Desgraciadamente estos logros sin precedentes en la producción y las finanzas fueron acompañados por un fracaso en la distribución, tan grotescamente desigual y socialmente desastroso que su continuación está fuera de cuestión». Este es el mismo optimismo que se encuentra en gran parte de la teoría comunista —oriental y occidental— de que las fuerzas de producción eran progresivas y no problemáticas y que estaban siendo meramente retrasadas por las relaciones de producción.

La última década ha visto el desarrollo de un profundo desafío a este punto de vista. Empezó en Italia mediada la década de los sesenta alrededor de la obra de Mario Tronti. En los Estados Unidos el punto clave fue la publicación del libro de Braverman *Labour and Monopoly Capital (Trabajo y capital monopolista)* en 1974. En este país el cambio empezó al año siguiente. Lo que esto conlleva es una reinterpretación de la historia económica y del trabajo en torno a la historia de la producción y el reexamen de las tradiciones y significados de la ciencia y la tecnología. La caja negra de la producción —en la que sólo entran formalmente los sociólogos del trabajo, los científicos de la administración y las propias fuerzas de trabajo y gestión— ha sido abierta y vuelta a conectar con las preocupaciones socialistas por primera vez desde los tiempos de William Morris. La distinción fundamental estaba entre las relaciones capitalistas de producción en la circulación y las relaciones capitalistas de producción en la producción. Las primeras, que han caracterizado el trabajo fabiano y una gran parte del marxista, ven la característica principal del capitalismo en el control monopolista de los medios de producción por parte de una minoría de capitalistas privados y el trabajo forzado que para ellos realizaba un proletariado separado de sus medios de subsistencia. Las relaciones de producción estaban determinadas, por tanto, por la propiedad privada monopolística y se veían reflejadas en la distribución. El capitalista recibía un beneficio no obtenido por su trabajo (por encima de cierto salario especulati-

vo para la gestión), en tanto que el obrero recibía un salario que estaba más o menos relacionado con los costes de subsistencia. Shaw y cierto número de fabianos posteriores sostenían que sólo «socializando» los medios de producción era como podían ser redistribuidos por el Estado de forma equitativa los ingresos no ganados mediante el trabajo y la riqueza fruto de la explotación.

El control monopolista de la producción da también al capitalista derechos dentro de la fábrica. Al comprar el trabajo mediante un salario, los capitalistas o sus gestores tienen el derecho de poner a los obreros a trabajar. La historia de la producción es una historia de cómo poner en vigor tal derecho para el mayor beneficio del capitalista. El punto clave de la transacción es el cambio de la manufactura a la «maquinofactura», cuando la cualificación y el control del trabajador son eliminados e incorporados en la gestión y las máquinas. En lugar de que la máquina sea controlada por quien opera con ella, ésta controla ahora al operario en ritmo, dirección y juicio. El surgimiento de la administración científica en torno a la práctica y los principios de Frederick Winslow Taylor desde los años ochenta del siglo pasado, marcó el momento del cambio en el movimiento del capital desde su formal subordinación del trabajo a su subordinación real. Henry Ford incorporó los principios de Taylor a la producción en cadena. Las características fundamentales del taylorismo fueron la fragmentación de las tareas, la jerarquía, la desespecialización de los trabajadores y el levantamiento de la más profunda distinción entre el trabajo mental y el manual. Estos cambios en la fábrica se vieron pronto reflejados en la distribución. Taylor (en la Mid Vale Steel Company) ofrecía a los trabajadores que aceptaran su nuevo sistema mayores salarios, y ésta fue una de las características del fordismo que se extendió por toda la asamblea de las industrias.

El fordismo produjo también un nuevo modo de consumo. Los salarios más altos compraron los productos por cuya producción eran pagados. Los términos del contrato fordista eran que cualquier trabajador que aceptara la tiranía del trabajo en cadena sería suficientemente pagado como para transformar su casa en bienes de consumo duraderos. Fue este contrato el que constituyó la base para el *boom* posterior a la segunda guerra mundial.

El fordismo redefinió la naturaleza del cambio. Creó un mercado de masas. En Gran Bretaña fue primero un mercado nacional. El crecimiento de la industria del motor en la década de los treinta se basó en gran medida en la sustitución de importaciones. Después de la guerra, las crecientes economías de escala han sido la base material para el desarrollo de las corporaciones multinacionales, integradas crecientemente a nivel europeo, y ahora —en el caso mismo de la Ford— en la antesala de producir un coche mundial. Además de la extensión de los mercados y de la producción integrada, el fordismo ha conllevado la investigación de mercado, la publicidad y la creación del diseño. Añadió también el crédito, que creció como hongos con el *boom* con el fin de evitar el talón de Aquiles de la producción en masa, de la sobreproducción y una exorbitante subida en los costes de unidad.

En el nivel macroeconómico, estos cambios en la producción afectaron a los agregados cuantitativos en la economía. A medida que crece la escala de producción, el capital puesto en maquinaria y en materias primas aumenta con relación al trabajo y hay una tendencia a que la tasa de beneficios decaiga. El desarrollo de nuevos productos y procesos aumenta la productividad. Esto contrarresta la caída en la tasa de beneficios y anima la inversión. La acumulación procede hasta que ha agotado estos nuevos filones, hasta que se encuentra con las barreras a la expansión en las existentes ramas de producción.

Cuando esto ocurre hay una crisis económica. Las crisis han tenido históricamente tres características. La primera, hay una avalancha de escritos recordando los ficticios valores del capital a través de las bancarrotas, quiebras financieras, cierre de fábricas, y ahora con los bancos centrales actuando como prestadores del último resorte a través de la inflación. La segunda es un ataque al trabajo, tanto con la baja de salarios como con el incremento del control y de la intensidad del trabajo en la producción. La tercera es la introducción de nuevos métodos y maquinaria con vistas a incrementar la productividad a la par que expulsar a los productores menos eficientes y la concentración de la actividad económica en las manos de los fuertes. De este modo se restauran las tasas de beneficio y las condiciones para una renovación de la acumulación —aunque no sin una severa crisis política y social.

Algunos de los mecanismos de la crisis económica funcionan dentro de la esfera de la circulación. La quiebra financiera y la devaluación de los valores del capital son un ejemplo. El corte en los salarios (y actualmente en la provisión de servicios sociales) es otra. Pero lo central en cualquier crisis económica y en la restauración de la rentabilidad han sido los cambios mayores en la producción. Cuanto mayores sean esos cambios, mayor es el ataque a los salarios y más grave la decadencia de los mercados. Pero estas crisis de circulación sólo llevarán a una mejora sostenida si su efecto se transmite a la producción. Como en todos los ejemplos que he dado a partir del fordismo, son los cambios en las empresas los que son primarios y los que determinan y limitan los movimientos en el mercado.

III

Si nos volvemos ahora hacia la política económica, quiero mostrar por qué es totalmente inadecuado basar la estrategia económica del laborismo en una perspectiva de redistribución, administración de mercados y financiación del déficit sin un programa más amplio para transformar la producción.

En primer lugar, en lo que afecta a la distribución, mientras que los primeros fabianos vieron los temas de distribución como absolutamente separados de la producción, los teóricos posteriores fueron plenamente conscientes de las restricciones que la acumulación presentaba para la redistribución. Su reacción ha sido intentar que la redistribución aparezca como menos importante. Durbin, por ejemplo, estaba hacia el año 1940 contra la redistribución porque pensaba que aumentaría el consumo y reduciría los ahorros. Crosland estaba de acuerdo, aunque él presentaba sus argumentos en otros términos: que la redistribución afectaba los incentivos entre los acomodados. Más recientemente —particularmente en el período del gobierno Wilson— el aumento del crecimiento era visto, más que la redistribución, como la vía para mejorar la posición de los menos favorecidos. Se ofrecía como una aproximación dinámica, en lugar de estática, a la pobreza. Pero con la caída del crecimiento y con el actual gobierno tomando

este argumento hasta sus extremas conclusiones, por el expediente de redistribuir a favor de los ricos y del mundo de los negocios, la izquierda ha estado a la defensiva. Porque se encuentra sin una teoría adecuada de la acumulación que permita el crecimiento a la vez que posibilite la reducción de la desigualdad.

Similares son las objeciones a las políticas que se quedan confinadas al perfeccionamiento público de los mercados. Hay cuatro objeciones comunes contra el mercado como un medio de distribución: i) el argumento marshalliano de las externalidades; ii) la desigualdad de los ingresos, particularmente aquellas que están basadas en la riqueza heredada; iii) la existencia de monopolios que pueden seguir una política de recorte de precios con vistas a eliminar la competencia, y iv) el hecho de que una industria nacional en crecimiento puede necesitar alguna protección hasta que sea suficientemente fuerte como para igualar a otros competidores internacionales ya desarrollados. En cada uno de estos casos no es el mercado como mecanismo el que falla. Lo que ocurre es que sus señales no son exactas y que se necesita la intervención estatal para corregirlas: impuestos, subsidios, un impuesto sobre la riqueza, legislación antimonopolios, tarifas para las industrias en desarrollo, etc. El mercado sigue siendo el nexo económico dominante. La modificación de esto puede ser hecha en el nivel de la circulación sin referencia a la producción.

Pero los más importantes temas actuales relacionados con el mercado como nexo económico no pueden ser tan fácilmente hechos frente. En primer lugar, un número creciente de las grandes decisiones de inversión —tanto públicas como privadas— son tan extensas y se hacen sobre una escala temporal tan amplia que el mercado ya no es una guía adecuada para elegir.

En segundo lugar, una crisis en el proceso de acumulación, cuyas causas debieran ser buscadas en el desarrollo de la producción, hace su aparición formal, de todos modos, en la esfera del cambio. La inflación, la caída de la demanda, el colapso financiero, una restricción de los beneficios —todo esto está vinculado al mercado—. Manejar el mercado en estas circunstancias es altamente problemático. Porque las medidas deben suspender el pleno impacto del mercado en los productores —en cuyo caso la producción permanecerá sin ser transformada— o disciplinar a

los productores mediante el mercado con vistas a cambiar la producción. Esta última medida ha sido la política de los monetaristas, que han maquinado bastante explícitamente un deterioro en las condiciones del mercado. El mecanismo utilizado fue sacado a la luz antes de la elección de 1979 por los monetaristas en la London Business School; conllevaba aumentar las tasas de interés y de cambio, restringir la industria entre un mercado de exportación decadente y unas importaciones crecientes, quebrar las empresas más débiles y dirigir los recursos y los mercados a las fuertes. Todo precio de mercado en los últimos cinco años ha de ser visto en este contexto. Han sido manipulados para un fin concreto. Los resultados para la industria británica han sido desastrosos. Se han desechado plantas nuevas. En algún caso han sido las firmas más avanzadas las que han sido expulsadas del negocio (aquellas basadas en la producción masiva), en tanto que las menos eficientes, pero más flexibles, han sobrevivido. En algunas ramas de la producción no se ha dejado ninguna base seria sobre la que construir una recuperación. Aquellas grandes industrias británicas que se han reestructurado a sí mismas han tendido a hacer sus mayores nuevas inversiones en el extranjero. Las decisiones estratégicas a largo plazo se han ido descuidando una y otra vez en la economía británica. La estrategia monetarista de reestructurar la producción por el intermedio del mercado ha debilitado tan severamente a la economía británica que algunos sectores no se recobrarán jamás.

En tercer lugar, la utilización del mercado para reestructurar la producción conlleva un ataque directo al trabajo. Esta era también una finalidad explícita de los monetaristas. Al presionar los beneficios intentaban presionar el trabajo. Y han tenido un particular éxito en el sector privado. Las fuerzas de trabajo han sido puestas unas contra otras. Unas tras otras han aceptado los despidos, la baja de salarios, los cambios en las prácticas de trabajo, a fin de mantener a flote las industrias. Esto ha sido más efectivo que ninguna política de rentas. Pero una visión socialista de la economía no toma el partido del capital contra el trabajo. No puede, por tanto, aceptar que el precio de mercado sea el Norte magnético en torno al que se mueva todo lo demás, si este precio de mercado es un mecanismo que anima a que el trabajo débil reem-

place al fuerte, o que el trabajo a tiempo parcial, infrapagado, o eventual desplace a aquellos que están trabajando con contratos correctos en condiciones adecuadas. La señora Thatcher ha utilizado la moneda y el mercado como un instrumento para debilitar, tanto en la producción como en el cambio, al trabajo.

En cuarto lugar, no hay mecanismo en la economía de mercado para asegurar que la destrucción de algunos trabajos será igualada por la creación de otros. En otras palabras, no hay un mecanismo para compensar el mercado de trabajo. Más bien, la historia del desarrollo capitalista ha sido la de una creación de un exceso de población. Así es como entiendo el fenómeno del desempleo en el Tercer Mundo. Por una parte, la tecnología avanzada del país da una estocada a las formas artesanales de economía en el campo y a los pequeños artesanos en las ciudades. Gran parte del beneficio resultante se repatría entonces hacia los países metropolitanos para ser allí acumulado. La acumulación de los países avanzados y el pleno empleo eran mantenidos a expensas de la acumulación y el empleo en el tercer mundo. En el período actual este mecanismo ya no ha sido mantenido. Desde los primeros años de la década de los setenta, la caída en los niveles de beneficios ha hecho que el capital vuelva a ser reexportado a los NIC y al mundo socialista. La acumulación en los países avanzados cayó. La nueva tecnología redujo más la demanda de trabajo. Los índices de desempleo han aumentado dramáticamente en los países capitalistas avanzados. Incluso con un empuje económico ya no hay posibilidad de pleno empleo, en particular en economías menos competitivas, como la británica.

La significación de estos cuatro temas es que la política económica socialista no puede ser confinada a un ajuste del mercado. En el primer caso, la planificación estratégica a largo plazo ha ido más allá del mercado, tanto en el sector público como en el privado. Es más bien el mercado el que se ha adecuado con las decisiones estratégicas —mediante la publicidad, las compras estatales garantizadas, la protección (como en la planificación de la economía surcoreana) o las exenciones fiscales—. En el caso del trabajo, el mercado es un medio a través del cual un grupo de trabajadores se enfrenta con otro —consciente y directamente a través de extensas corporaciones que comparan las realizacio-

nes de las distintas plantas y se expanden o contraen de acuerdo con ello.

En la medida en que es de crisis económica de lo que se trata, las medidas keynesianas se quedarán en sus efectos expansionistas. La causa de esto es que la expansión en la demanda agregada tendrá sólo un impacto limitado en la crisis central de rentabilidad cuando sus causas estén enraizadas en la producción. En el corto plazo, una expansión semejante permitirá que las empresas produzcan casi a su capacidad óptima, rebajando los costes unitarios, aumentando el beneficio y animando, incluso, alguna nueva inversión. Pero en la medida en que la tendencia a largo plazo de la rentabilidad esté en declive, las nuevas inversiones se limitarán y se recortará la duración de cualquier expansión presupuestaria inducida. Esto es lo que ocurrió en los primeros años setenta. La ventaja que el monetarismo tiene sobre el keynesianismo es que es un asalto directo a la producción. Ha simulado los mecanismos de reestructuración en una clásica depresión económica, con todo su acompañamiento de brutalidad y despilfarro. La única respuesta socialista es también una intervención directa en la producción, pero en términos muy diferentes a los del subyacente monetarismo. Esta es la razón para la planificación industrial en una escala no igualada desde la segunda guerra mundial. Dada la desolación económica que existe ahora, después de cinco años de monetarismo, sólo un programa industrial de este detalle y alcance puede esperar restaurar la vitalidad esencial de la economía británica. La financiación del déficit, los controles de la importación y los bancos de inversión nacional no son suficientes si no se ha dado una intervención más importante en la producción que ellos puedan apoyar.

De igual forma, cualquier respuesta sería al desempleo a largo plazo no puede quedarse en el nivel de los ajustes de las palancas políticas sobre la circulación. Es evidentemente absurdo el tener a gentes que trabajan largo tiempo y horas extras en tanto que otros no trabajan en absoluto. Pero incluso aunque se redistribuyera el trabajo para evitar esto, e incluso si se adoptara en general la semana de treinta y cinco horas, es probable que todavía siguiera habiendo un desempleo significativo.

Una respuesta posible a esto sería una política de pleno empleo basada en una planificación directa de la economía pública.

Actualmente, casi un tercio de la producción nacional está en manos estatales. Esta economía pública está fragmentada, descoordinada, manejada en una gran medida para que sirva a la economía de mercado y a la acumulación privada y no al contrario.

Si construyéramos una tabla de *input-output* veríamos que esta economía tiene un alto grado de autosuficiencia. Si tomamos, por ejemplo, un trabajador asalariado en el sector público, más de la mitad de sus ingresos puede ir a los servicios del Estado a través de los impuestos, tasas, billetes del transporte público, rentas municipales, electricidad, gas y teléfono. Los ingresos restantes van al sector privado: vestidos, comida, transporte privado, gastos domésticos. Al igual que en tiempos de guerra, no sería difícil desarrollar un suministro público en cada uno de estos campos y pagar las «importaciones» de la economía privada de mercado, con las «exportaciones» de los servicios públicos y los impuestos. Una vez que un sistema semejante fuera establecido, aquellos que no tuvieran trabajo podrían tener uno garantizado, desde el momento en que emplearlos, en términos de *importaciones desde el sector privado*, sería pequeño y podría ser satisfecho con exportaciones de su producción al sector privado.

Lo que estoy sugiriendo para la presente conyuntura es la planificación directa del trabajo dentro de la economía pública más que en todo el entramado nacional. En lugar de proteger a todos los productores dentro de la economía nacional, sería gestionado para proteger la economía pública en desarrollo. La producción pública no puede ignorar a la economía privada. Sus precios y productos serán inevitablemente comparados con los del sector privado. Pero tendría la ventaja de ser capaz de utilizar productivamente el trabajo que el mercado capitalista ignora. Una de las paradojas del capitalismo contemporáneo es que, en virtud de una búsqueda aún más intensiva del aumento de la productividad, estruja al trabajo rebajando su productividad hasta cero y al tiempo tiene que pagar por su coste de subsistencia. Porque el capitalismo paga a la gente por no trabajar, una economía pública puede pagarle por trabajar, y su producción podría —si estuviera adecuadamente planificada— llegar a cubrir más que la diferencia entre los pagos a la seguridad social y un salario adecuado.

En este punto resumiré mi principal argumento. La economía fabiana se ha limitado, tanto en la teoría como en la práctica, porque se ha quedado restringida a la economía de la circulación. Sus principales temas de interés y definición del socialismo los ha tomado de la esfera de la circulación: desigualdad, anarquía del mercado, monopolio. Al pedir una «socialización» de la propiedad estaba pidiendo que el Estado tuviera el poder de enfrentarse a esas inadecuaciones en el sistema de circulación. Pero la economía fabiana puesta en práctica por los sucesivos gobiernos laboristas se ha desarrollado dentro de las barreras construidas por los requerimientos de la acumulación privada. Es al carácter contradictorio de estos requerimientos, tal y como se encuentran en los procesos de producción, al que se ha de dirigir la política económica socialista.

Lo que se pide no es nada menos que un cambio fundamental en el proyecto económico del movimiento obrero. Haré una lista de los puntos que sugiero para la misma:

1. Reestructuración industrial mediante la intervención planificada.
2. Desarrollo de una tecnología y diseño de sistemas públicamente controlada, dirigida hacia la preparación e intereses del trabajo y a las necesidades sociales.
3. Una redefinición de la planificación, como una planificación popular dentro y contra el mercado.
4. La transformación de los servicios públicos y las corporaciones estatales, en términos de su organización interna, sus relaciones con su fuerza de trabajo manual y con los usuarios de sus servicios.
5. Una preocupación con la calidad del consumo más que con su mero agregado cuantitativo. Este modo de producción fordista ha sido particularmente inadecuado en la alimentación, cultura, salud y educación —todos ellos puntos clave de un nuevo modo de consumo, reemplazando al basado en bienes de consumo masivos.
6. El ataque a las desigualdades dentro de la producción (particularmente la división entre la concepción y la ejecución), que se traducen en desigualdades de ingresos, y

desigualdades entre hombres y mujeres y entre blancos y negros.

7. La integración y planificación directa de la economía pública y su expansión para asegurar un trabajo para todos aquellos que actualmente se encuentran desempleados.

Esto no quiere decir que la economía no siga todavía necesitando una política monetaria y fiscal, dejando aparte la estrategia de la balanza de pagos, y cara a la desigualdad de riqueza y de ingresos. Pero significa que estará subordinada y será complementaria a los intereses públicos. Los cambios quedarán simbolizados en el nivel administrativo por la subordinación del Treasury y el Banco de Inglaterra al nuevo Ministerio de Economía, en lugar de ocurrir al contrario.

IV

Desde 1979, las iniciativas socialistas en política económica han ido desde el nivel nacional al local. Enfrentados a grandes incrementos en el desempleo, especialmente en las áreas metropolitanas y en las viejas zonas industriales, cada vez más ayuntamientos laboristas han ido extendiendo su papel económico. Estos ayuntamientos —por no tener poderes monetarios o sobre el comercio exterior— han tenido que enfrentarse a los temas de política industrial directamente. Algunos han seguido una estrategia de apoyo al mercado. Han proporcionado locales industriales que, por una u otra razón, el mercado no había suministrado. Han dado incentivos al capital circulante y una batería de servicios de información dirigidos en especial a las pequeñas empresas. Limitadas como están a los ajustes de mercado, estas políticas no hacen sino arañar la superficie del problema.

Cierto número de autoridades han seguido una estrategia alternativa, encaminada a las empresas medias y grandes, a la industria estatal, a los servicios y a los intereses del trabajo y de los consumidores, dentro de un proceso más general de estructuración industrial. Lancashire, Sheffield, Leeds, los Midlands orien-

tales y el GLC * son los ejemplos más desarrollados, junto con algunos barrios de Londres, como Hackney y Brent. Sus políticas han tenido distintos énfasis, pero todas se han enfrentado —aunque de una forma experimental— con los temas que surgen de la crisis de producción a la que antes me he referido.

Quiero exponer cuatro realizaciones de la experiencia de una de esas autoridades —el GLC— que tiene una particular relevancia para el debate nacional.

i) *Reestructurando para el trabajo*

Las premisas de la intervención industrial del GLC es que la intervención efectiva sólo puede tener éxito si tiene lugar en el contexto de una reestructuración nacional e internacional. Tiene poco sentido echar un cable a las empresas o industrias en declive sin proceder a su transformación. Las operaciones viejas o menos productivas son eliminadas o suplantadas por las más productivas. Las racionalizaciones, depreciaciones, nuevas inversiones, integraciones, son los instrumentos empleados por el capital privado (y el público) con el fin de restaurar la rentabilidad. La visión del GLC es que esta reestructuración puede hacerse de muy diferentes modos, con diferentes consecuencias, tanto para los trabajadores como para los consumidores. Una de las funciones principales del cuerpo público ocupado en la intervención industrial es asegurar que cualquier reestructuración que tenga lugar se haga con vistas al interés de los trabajadores y no a su costa.

El punto es más claro en el caso de las utilidades de la infraestructura básica. Tomemos, por ejemplo, el caso de los programas combinados de energía y conservación como alternativas a la actual política de gobierno de energía nuclear. Estudios detallados indican que la primera vía llevaría a la creación de unos 3.000 puestos de trabajo más en Londres, por el mismo monto de inversión que en Sizawell B, y una mayor tasa de rendimiento. En el transporte, en la red telefónica, en la industria portuaria, en la atención sanitaria, hay caminos alternativos de reestructuración

* GLC: Greater London Council (Ayuntamiento del Gran Londres).

para la próxima década, con implicaciones bastante diferentes para aquellos que trabajan en esas industrias y utilizan sus productos.

El mismo argumento se puede aplicar a las manufacturas privadas y a las industrias de servicios. El empleo en la manufactura de Londres ha caído en más de la mitad en veinte años, de 1.4 millones en 1961 a 650.000 en 1981. De seguir la tendencia actual, hacia 1990 se habrán perdido más de 200.000 puestos de trabajo en la manufactura. Algunos han sostenido que no se puede reestructurar la economía londinense en este campo. Pero un examen más de cerca de las industrias tradicionales de Londres —muebles, imprenta, alimentación y maquinaria— nos hace ver que tal decadencia no es necesaria.

Tomemos los muebles, por ejemplo. En 1951 había más de 63.000 trabajadores en este sector en Londres. Ahora hay sólo 12.000. Este colapso ha tenido lugar contra el fondo de una gran reestructuración de la industria del mueble europea. La industria de Londres decayó porque era débil en diseño, desintegrada en las ventas al por menor y, salvo dos o tres excepciones, retrasada en maquinaria y tecnología. Pero, sin embargo, posee una rica reserva en trabajadores especializados. Trabajando con los fabricantes más progresivos y con los sindicatos, el GLC ha elaborado una estrategia que ha empezado a ser desarrollada por el GLEB * municipal, conjuntamente con un asesoramiento técnico europeo y con distribuidores internacionales. Esto no sólo promete invertir la tendencia que ha visto aumentar las importaciones de muebles en Gran Bretaña de un 7 por 100 en 1973 a un 26 por 100 en 1983, sino hacer eso sobre la base de las uniones de trabajadores, con una planificación empresarial que implica a las fuerzas del trabajo en la organización y la dirección estratégica de las empresas.

He dado un ejemplo porque una característica de la estrategia que empieza desde la producción es que es una economía del detalle, de los procesos materiales y de los productos particulares. Una estrategia de producción es tan cualitativa como cuantitativa,

* GLEB (Greater London Enterprise Board): Junta de Empresas del Gran Londres.

interesada en la calidad de los empleos y los productos más que en su simple montante. Es en la esfera cualitativa en la que tenemos que distinguir las alternativas.

En la industria del mueble las alternativas abarcan las dimensiones de la geografía y el control dentro de la empresa. En la alimentación está la dimensión adicional del valor nutritivo del producto. En el suministro de leche y en la venta al detalle de la misma se trata de lograr la accesibilidad para aquellos que no tienen coche. En la producción editorial, la industria del disco, y en la producción de cine y televisión están los temas de los intereses de las minorías y del control político. Sector por sector podemos distinguir los caminos en los que el mercado y la carga de la rentabilidad privada inclinan el desarrollo de la producción hacia una dirección que ignora los más amplios intereses de los trabajadores y consumidores.

Los sindicatos y las organizaciones de usuarios han contestado de forma importante estas vías de desarrollo determinadas por el mercado. La legislación nacional y las regulaciones de los gobiernos locales han apoyado estas iniciativas. Inspecciones, subsidios, compras preferenciales y muchos otros instrumentos han sido utilizados para regular al capital privado.

En lo que afecta a la política industrial, el GLC y el GLEB han intentado cierto número de alternativas. En los primeros días de la administración, cuando sólo existía un pequeño equipo, era difícil hacerse cargo y dirigir directamente las empresas. El Ayuntamiento, por ello, firmó acuerdos con firmas privadas, sentando las condiciones para el reconocimiento de las uniones y para la planificación empresarial. El Ayuntamiento y el GLEB han apoyado también a muchas cooperativas que incorporan alternativas, tanto en sus objetivos como en la estructura de su propiedad. Pero en las grandes plantas industriales nuestra experiencia es que es necesaria la propiedad y el control directo para crear alternativas socialistas. Dicho en forma más general, la reestructuración de la producción por (y para) el trabajo no puede ser llevada de modo adecuado regulando la circulación. Requiere una implicación directa y un control de la producción.

ii) *Tecnología*

La tecnología es central en el proceso de reestructuración. Tendemos a pensar en la tecnología como en muchas máquinas nuevas —procesadores de textos, herramientas mecánicas informáticamente controladas, robots—. Pero es también, de igual forma, una cuestión de sistemas, que unen entre sí a distintos procesos dentro de la producción, como también unen la producción con la distribución y la venta. Las dominantes del capitalismo moderno están cambiando desde la propiedad de los medios de producción a la propiedad de los medios de conceptualización. Una vez que se han diseñado los procesos y sistemas claves y que éstos se han desarrollado, la producción puede ser dejada de lado. Clive Sinclair establece acuerdos con las fábricas para producir en su nombre —en forma de subcontratistas—. El, como muchos otros inventores, conservará el control del diseño y la especificación y el del mercado. La producción —con sus problemas particulares de controlar al trabajo— es, de todos modos, sencilla y puede ser dejada a otros para que la realicen.

La cuestión para la política económica socialista es cómo igualar al control del capital de los nuevos poderes dominantes —tanto porque ése es el punto clave para el control del beneficio como porque el uso de la nueva tecnología y del diseño de sistema moldea las relaciones sociales.

El GLC es un pigmeo en un mundo de multinacionales. Pero Londres posee en sus tres universidades y siete politécnicos capacidades tecnológicas que igualan las de las corporaciones más amplias. Además, tres son departamentos de investigación de corporaciones públicas y de instituciones especializadas. El desafío es cómo ligar el trabajo de esas instituciones dentro de una planificada reorganización de la industria londinense.

La política que hemos seguido ha sido establecer un grupo de redes tecnológicas. Estas están basadas o se encuentran cerca de una de las instituciones de investigación y su personal está formado por *go-betweenns*, es decir, gente que conoce la comunidad de investigación lo mismo que las necesidades de las industrias y las comunidades de Londres. Una red está especializada en energía y en ella están comprometidos los Politécnicos de South Bank

y el del Londres Central. Vincula la investigación sobre conservación de la energía con las campañas e iniciativas energéticas locales y con el desarrollo de productos.

Una segunda red se especializa en nuevas tecnologías e incluye académicos del Imperial College, City University, el Politécnico del Londres Central y del hospital de St. Thomas. Ha estado implicado en el desarrollo de un brazo-robot dirigido a un propósito general (aunque particularmente enfocado hacia aquellos con incapacidades físicas), en sistemas para ser utilizados en el campo médico, de gráficos y diseños informáticos, y en el torno «centrado en el hombre» y en sistemas fabriles automatizados. El último proyecto, desarrollado por el profesor Howard Rosenbrock en el UMIST, en asociación con Mike Cooley, antes director del Lucas Aerospace y ahora director de Tecnología en el GLEB, ilustra uno de los puntos claves en la aproximación de las redes. Herramientas mecánicas controladas informáticamente han sido utilizadas para descalificar a los que las operaban. Son los «ingenieros de cuello blanco» los que toman a su cargo la programación de las máquinas, y el viejo «conocimiento tácito» del mecánico se pierde. El proyecto de la UMIST diseñó un torno construido sobre la base de la especialización del mecánico en lugar de prescindir de la misma (la máquina se programó a partir de las operaciones manuales del mecánico que la trabajaba). Esto igualaba, e incluso excedía, la eficiencia de las herramientas mecánicas convencionales, pero sólo se ha llevado a cabo recientemente en Gran Bretaña *vía Japón*. Rosenbrock está construyendo ahora un sistema de producción integrada automático, basado en los mismos principios.

Hay otras redes que están en proceso de desarrollo, especializadas en electrónica, ingeniería electrónica y mecánica (en el Politécnico del Norte de Londres), equipamiento médico (Politécnicos de Thames) y transporte. La respuesta durante las negociaciones ha sido de un notable apoyo por parte de las instituciones, que son conscientes de la distancia que existe entre la alta investigación y sus aplicaciones y la necesidad de una integración planificada del conocimiento público de la economía de Londres con la reestructuración del empleo productivo.

iii) *Planificación popular*

Otra palabra para describir la fase de preproducción del capitalismo moderno es la planificación. La reestructuración ha de ser planificada. Las multinacionales han de ser planificadas, lo mismo que sus nuevos sistemas y productos. Utilicé la palabra «conceptualización» para describir estos procesos porque tienen un elemento dinámico y creativo, imaginando lo que está más allá de la próxima colina desde el nivel de la base, antes que mirando y organizando todo desde arriba. Nuestro modelo de planificación ha ido demasiado en la dirección de arriba-abajo del horario de los trenes, más que en la aventura más allá del horizonte del tecnólogo. El capitalismo tiene ambos y el socialismo ha de redefinir los dos.

La tradición socialista ha tendido a yuxtaponer el mercado y el plan, igualar al capitalismo con el mercado y al socialismo con el plan. Esto es equívoco. La historia del capitalismo puede ser leída como un desarrollo de una contradicción entre el mercado y el plan o, más bien, entre el mercado y diversos planes, porque la planificación en el capitalismo es llevada a cabo por distintos capitales privados. En el caso de la planificación comparativa, los planes se construyen *para* el mercado, con el fin de maximizar la rentabilidad privada. Con los planes industriales alternativos estamos planificando *en y contra* el mercado. No podemos ignorar el mercado, pero podemos aislar la producción del mercado y resistir a la tiranía que el capital privado impone sobre el trabajo como resultado de su búsqueda de la máxima rentabilidad validada por el mercado.

En una economía local se requieren tres clases de planificación: una planificación corporativa alternativa en el nivel de la empresa, una planificación industrial en el nivel de las ramas y una planificación estratégica en el nivel de la localidad como conjunto. En cada caso la planificación adecuada no puede ser realizada únicamente desde arriba. Es evidentemente necesario tener una mirada de águila, pero los planificadores centrales a tiempo completo han mostrado en el pasado tener una visión distorsionada y no tener una comprensión del detalle, que trabajadores y usuarios experimentan como parte de su vida cotidiana. Para una pla-

nificación socialista adecuada necesitamos romper la división entre trabajo manual y mental y entre concepción y ejecución. Aquellos que están en la empresa o la industria deben recibir el tiempo y el apoyo para tomar la visión del águila. Estimamos que cerca de un cuarto de millón de personas están empleadas en Londres en trabajo de estrategia y diseño de la planificación del capital: técnicos de *software*, especialistas de *marketing*, financieros, arquitectos, ingenieros, gestores, etc. El movimiento obrero ha sido despojado tanto del tiempo como de las cualificaciones como para alcanzar el detalle de este extraordinario complejo que comprende la economía mental privada de Londres.

En el GLC nos hemos aproximado a este tema desde distintas direcciones. El Programa Manifiesto del Partido Laborista establece el compromiso de organizar un nuevo grupo de política económica con personal de fuera del municipio para llevar a cabo el trabajo estratégico. Este grupo tiene ahora trabajando a cuarenta y cinco personas en planificaciones industriales y estratégicas más amplias. Suministran material para las corporaciones particulares y para las estrategias de rama requeridas para la intervención industrial del GLEB. Dentro del propio GLEB hay una división estratégica de sector que está muy próxima a dicho grupo y una sección responsable de la planificación empresarial en las empresas que reciben apoyo del GLEB. Hay un programa de ayuda para una red de las Trade Union Resource Centres que suministra ayuda de investigación y planificación a los sindicalistas en el nivel vecinal. Hay una Early Warning Unit (Unidad de Pronta Advertencia) dentro del GLC, que está formada por antiguos sindicalistas industriales, que ha elaborado una red de información destinada a encontrar datos sobre presuntos cierres y despidos, a tiempo para poder tomar acciones que las enfrenten. Hay una Unidad de Planificación Popular, que trabaja con los miembros de los sindicatos, con las organizaciones comunitarias y con los grupos de usuarios sobre planes alternativos y que también ha fundado un programa popular de educación en planificación a través de los Institutos de Educación para Adultos.

En todas las fundaciones municipales hay trabajando unas 120 personas sobre diversos aspectos de planificación alternativa, dando más de 4.000 horas semanales para apoyar alternativas a los

planes producidos por los 35 millones de horas de los planificadores de mercado privados de Londres. Esto es una medida del desequilibrio que existe. Esto significa que una persona está trabajando con los sindicatos y con los grupos comunitarios en un plan alternativo para todo el sector de la venta al detalle londinense. Esto significa que hay una persona trabajando en una alternativa a los planes del gobierno para la red cablegráfica privada de Londres. Para que una democracia económica socialista tenga sustancia hemos de reconocer las necesidades de tiempo y cualificación en el desarrollo de planes alternativos. Necesitamos una concepción completamente nueva de la planificación —su alcance, sus procesos y los recursos necesarios para que funcione.

Necesitamos también una nueva concepción del poder para llevar a cabo estos planes. En los puntos de vista socialistas tradicionales de la planificación es el Estado el que planifica y el que desarrolla los planes. Esta era, creo yo, la visión tradicional fabiana. Era ciertamente la práctica en la planificación soviética. En las sociedades capitalistas avanzadas los poderes planificadores del Estado central (dejando aparte los estados locales) están fuertemente confinados. El poder principal reside en el capital privado. No sólo tiene el capital privado el control real de la producción, sino que en su forma financiera tiene el poder decisivo de irse fuera del país. En la era de las corporaciones multinacionales —en la que una cantidad tan importante como 30 billones de libras anuales en las transacciones de los cambios exteriores británicos son, de una u otra forma, hechas dentro de transferencias intrafirmas— la capacidad de un gobierno para controlar los éxodos de capital está crecientemente limitada.

En estas circunstancias el poder de los trabajadores organizados para llevar a cabo planes alternativos es igualmente importante. En el caso Kodak, por ejemplo, las uniones en Kodak Europa se han combinado para pedir a Eastman Kodak en Rochester un conjunto alternativo de planes de inversión, que mantendría una proporción de investigación y de gastos de desarrollo y una nueva producción en Europa. La alternativa de una industria nacional bajo control público ya no es una posibilidad a corto plazo desde el momento en que hace mucho tiempo que se han perdido la experiencia y los nuevos productos. Podrán ser

vueltos a construir y ser readquiridos, pero esto tomaría tiempo y recursos sustanciales (Kodak, por ejemplo, está gastando unos 800 millones de dólares anuales en R&D). Entretanto, son los sindicatos los que internacionalmente tienen el poder potencial para desafiar las prioridades y las prácticas de las multinacionales. El GLC ha trabajado con otras autoridades locales, la Comisión Europea y el Parlamento Europeo para dar apoyo a las uniones en empresas como Kodak y Ford, que están intentando desarrollar acciones conjuntas en defensa de sus empleos.

En una planta simple los mejores para llevar a cabo un plan de empresa son, una vez más, los propios trabajadores. Son también ellos los que pueden suministrar la creatividad para hacer que funcionen en la práctica los fines de un plan corporativo alternativo. En realidad, sin su plena implicación y apoyo no podrá ser adecuadamente desarrollado un plan alternativo.

La planificación popular efectiva requiere una extensión del alcance de los sindicatos, de la negociación colectiva y de los recursos, y debería ser una de las tareas de la administración socialista local y nacional suministrar un apoyo material para estos desarrollos.

iv) *Transformando el Estado*

El argumento sobre la planificación popular también puede aplicarse al Estado y a la industria privada. Por el momento, la industria del gas, la electricidad, el carbón, el transporte público, el agua, la Administración de Correos y las Telecomunicaciones están dirigidas como temas de interés estatal capitalista. Las organizaciones de consumidores son débiles. Los sindicatos tienen poderes limitados. Incluso el GLC —como la mayor autoridad metropolitana— ha encontrado extramadamente difícil lograr una discusión importante con las corporaciones públicas, y menos influenciar la dirección de su desarrollo. En muchas partes del país otros servicios estatales —incluidos los servicios municipales locales— tienen similares experiencias. Los socialistas empleados en el sector público han empezado a hablar de trabajar *en y contra el Estado*.

Como decía antes, una de las tareas más urgentes para el movimiento obrero es desafiar a estas estructuras del Estado. Cómo hacer esto no puede dejarse a la redacción de un anteproyecto. Es una cuestión de aprendizaje a partir de las iniciativas —de las que funcionan y de las que no funcionan—. En el GLC hemos intentado cierto número de alternativas: audiciones públicas en la British Telecom (teléfonos) y en el Cable (en el caso de las comunicaciones por cable, suplementamos dos días de audiciones conjuntas con el Ayuntamiento de Sheffield con cinco audiciones locales en los barrios); participación en las encuestas públicas sobre Sizewell B y sobre el aeropuerto propuesto en el corazón de los Docklands de Londres; conferencias regulares con los miembros de los sindicatos y los barrios sobre las privatizaciones de los servicios del gobierno local; talleres de planificación popular para los miembros de los sindicatos que están en los servicios públicos y para los trabajadores manuales en el GLC. El Council (Ayuntamiento) también tiene un programa de ayudas que utiliza para apoyar las iniciativas obreras y de los grupos de usuarios: ha apoyado un conjunto de campañas locales sobre la energía, a los sindicatos de la British Telecom, a los trabajadores de correos, a los grupos de inquilinos, y a un consorcio local de grupos que hacían campaña en los Docklands.

En tanto que autoridad estratégica hay algunos limitados servicios que se encuentran bajo el control directo del GLKC. Una excepción es el servicio de transporte londinense, que opera al alcance de la mano y con el que el Council ha tenido que luchar para conformarlo con sus políticas de transporte y empleo, con la inmediata oposición del gobierno y con las extrañas interpretaciones económicas de la Cámara de los Lores.

Una de las lecciones de la administración del GLC es la necesidad de un cambio en la estructura burocrática. Se enfrenta a una intensa hostilidad frente a muchas de sus políticas por parte de diferentes sectores de la burocracia —sobre todo aquellas políticas que tratan de la industria y el empleo—. Y cuando no había hostilidad lo que había demasiado frecuentemente era una falta de impulso e imaginación, con una casta burocrática incapaz de entender las tareas y el espíritu que guiaba a la administración.

Los grupos laboristas han trabajado pragmáticamente contra esto. Han traído socialistas de fuera para llevar adelante las nue-

vas políticas. Han aumentado el control político sobre la burocracia y dedicado una gran energía a simplificar la bizantina estructura de grados que servía para reforzar el poder jerárquico y la rigidez. Lo que ha quedado claro de todo ello es que el concepto convencional de una burocracia administrativa neutral dispuesta a llevar adelante cualquier política que se le pida era completamente inapropiada. Hay excepciones notables. Algunos funcionarios del GLC simpatizaron con las nuevas iniciativas, pero su poder fue inicialmente reprimido. Igualmente, y por las mismas razones, no es bastante llevar consejeros políticos. Estos necesitan tener poder administrativo. En el campo de la industria y el empleo hemos aprendido que el movimiento laborista necesita una estrategia burocrática alternativa que se produzca a la par que cualquier estrategia económica alternativa.

V

En el capítulo 14 Roy Green y John Eatwell abogan por una vuelta a la teoría en el movimiento obrero. Estoy completamente de acuerdo con ellos. Pero lo hago sabiendo que hay una intensa sospecha hacia la teoría dentro del movimiento y una impaciencia por la acción. Lo que he querido establecer en este ensayo es que la crisis de la política económica en el laborismo es una crisis de la misma acción que ha sido tan impacientemente perseguida por los sucesivos gobiernos laboristas. La respuesta es entonces no hacer de nuevo lo mismo —con la progresividad juzgada por el número de billones que se quieren reflacionar, y por cuantas compañías se dice que habían de ser nacionalizadas—. Se trata más bien de dar marcha atrás y reconocer que, al final, parte del problema es la tradición teórica que ha guiado la política económica y su práctica. Reexaminar esta tradición críticamente es la primera tarea práctica que todos aquellos que están impacientes por actuar han de emprender inmediatamente.

He sugerido una línea de aproximación que traslada el énfasis de la circulación a la producción y que implica una agenda de acción bastante diferente al consenso keynesiano de posguerra. Afortunadamente durante los últimos quince años se ha labrado

gran parte de la base teórica de esta aproximación. Lo que no se ha hecho es trasladar este planteamiento general a iniciativas y programas concretos. Es ahí en donde son relevante las nuevas experiencias municipales actuales. Los ayuntamientos locales han ido avanzando hacia las nuevas políticas económicas —entrecorradamente, intuitivamente, y frente a los más severos ataques por parte del gobierno conservador—. Pero los logros que ya han logrado puntúan la línea a seguir de la que tan urgentemente están necesitadas las nuevas medidas políticas económicas y la nueva economía política nacional.

Algunos de los temas más importantes de la política económica nacional sólo pueden ser tangencialmente tocados por las corporaciones municipales locales. La política monetaria sería uno de ellos. La erosión de los controles económicos nacionales por corporaciones crecientemente internacionalizadas sería otro.

Pero en otros campos las iniciativas municipales han sido un laboratorio para las nuevas políticas económicas. La intervención directa es un primer ejemplo. Todos los Enterprise Boards (Consejos de empresa) se han dado cuenta rápidamente de que no es el dinero, sino la gente, lo que constituye la fuerza principal. El capital privado tiene un completo monopolio de las cualificaciones para la reestructuración y para la planificación a largo plazo industrial y corporativa. Ahora ha añadido a éste el control sobre el desarrollo y aplicación de las nuevas tecnologías y los nuevos sistemas de producción y coordinación. Si se ha de hacer esta reestructuración en términos de unos intereses sociales más amplios que aquellos de las hojas del balance, es preciso que haya gente que entienda y simpatice con esta alternativa, pero que también posea las cualificaciones del contable, del consultor administrativo y del gestor del *marketing*. En el GLC hemos encontrado que los miembros de los sindicatos son rápidos a la hora de hacerse con esas cualificaciones y de que hay unos pocos administradores progresivos. Pero el número es todavía pequeño cuando se le pone frente a las tareas y las posibilidades, incluso aunque sólo sean las de Londres.

Las corporaciones locales han experimentado también con diferente organizaciones —de forma notable con los consejeros de empresa—. El problema ha sido cómo mantener el control sobre

un cuerpo que necesita (y pide) independencia día a día. El modelo político municipal y el consejo de empresa que lo lleva a cabo ha resultado insatisfactorio. Los políticos necesitan estar medidos en la práctica con el fin de aprender sobre las cuestiones detalladas hacia las que se ha de dirigir la política, en tanto que aquellos que están desarrollándola generan necesariamente sus propias estrategias. Se han utilizado una serie de mecanismos para mantener el control político sobre los consejos de empresa —para lo cual ha sido clave la provisión del personal de los propios consejos—. Sobre la base de esta experiencia, un futuro gobierno laborista será capaz de reconstruir un National Enterprise Board muy distinto del último.

La preocupación por la calidad de los productos y no sólo por su cantidad, por la planificación nacional, por la tecnología centrada en el hambre, y con la transformación de los servicios y de la administración del Estado —todas esas preocupaciones son de una relevancia central para una nueva política económica socialista a nivel nacional. Pero quizá más importante que esto sea la conciencia de que el poder del Estado —local o nacionalmente— está bastante limitado frente al poder del capital privado. La teoría tradicional fabiana sobre el Estado ha sido, de alguna forma, elaborada aparte de las clases, como un instrumento de poder que necesita ser capturado pacientemente y dirigido después por expertos, independientemente de intereses sectoriales —esta teoría necesita ser urgentemente revisada, como lo necesita ser también la teoría económica—. Porque cuando el Estado intente controlar y sustituir al capital privado, el resultado de la batalla que de esto se siga dependerá crucialmente de la extensión del apoyo popular del que pueda disponer cualquier administración. Uno de los unintencionados resultados de la campaña del gobierno por la abolición contra los condados metropolitanos y el GLC ha sido que los concejales y los trabajadores municipales han tenido que defender ante la gente ordinaria la razón de su existencia. Este es un proceso democrático mucho más importante que la visita cada cuatro años a la urna electoral. Implica a los consejeros que han de explicar qué es lo que están haciendo, justificándolo, y si no pueden justificarlo, dejando que su labor se desvíe a favor de algún otro. Este es un aspecto de la vinculación necesaria en-

tre una administración socialista y el pueblo al que representa.

Otro es la necesidad de volver a definir el papel del Estado como el apoyo de las campañas llevadas a cabo por otros y de sus luchas, y no como el provisor universal. *Discutí esto a propósito del apoyo estatal a los miembros de los sindicatos. Pero es igualmente cierto respecto a la discriminación contra determinados grupos particulares de gente trabajadora —mujeres y negros fundamentalmente—. Las corporaciones locales pueden ayudar directamente, mediante una antidiscriminatoria dirección de los que suministran el trabajo, y con sus propias prácticas. Pero una lucha con éxito contra la discriminación dependerá de las acciones de aquellos que se están enfrentando a la discriminación, y es un deber de un ayuntamiento socialista apoyarlos en sus luchas, más que ofrecer su reemplazo.*

El poder, en resumen, no está centralizado en el Estado, sino descentralizado. Una administración laborista tiene un considerable poder, pero es el poder temporal de tener una posición importante en un campo de batalla más amplio. Sus políticas económicas afectarán la fuerza relativa de otros no sólo en el campo de batalla. La señora Thatcher ha reconocido esto utilizando la política económica pública como un medio para un ataque contra al poder de los trabajadores en la producción. Es importante que el movimiento obrero aprenda al final esta lección del monetarismo y desarrolle una estrategia económica que cambie el equilibrio del poder devolviéndolo al movimiento obrero organizado.